REPERTORIO AMERICANO

Editor: J. GARCIA-MONGE

TOMO III | SAN JOSÉ DE COSTA RICA, LUNES 17 DE OCTUBRE DE 1921 | Nº 7

SUMARIO:

DOCTORES Y MACHETEROS

POR ANTONIO ESCOBAR

[*La Tribuna* del 12 pasado pone en boca de don Gerardo Zúñiga Montúfar, Secretario del Partido Agrícola y Profesor del Liceo de Costa Rica, estas tremendas palabras que justifican en parte la reproducción de la siguiente correspondencia de Antonio Escobar, publicada hace poco en *El Mundo* de la Habana:

—«Refiriéndose a Venezuela, dijo que Gómez le manifestó en una ocasión bajo unos naranjos:

—Los *dautores* han arruinado el país.

—Los *dautores* han arruinado también mi país, contestó el Licenciado Zúñiga Montúfar.

Y como Gómez, que con dificultad sabe firmar, continúa el orador, comprendió eso, se propuso salvar a Venezuela, entregó los negocios de relaciones sociales y políticas en manos del Dr. Márquez Bustillo, y se trasladó a Maracay, desde donde ha encauzado la vida nacional, haciendo la felicidad de su pueblo. En 12 años Venezuela pagó sus deudas después de haber tenido una intervención extranjera a sus puertas, y hoy cuenta con un superávit de $42.000,000.00»].

New York, agosto 3.

LORD Bryce, el gran literato inglés, ex-Embajador británico en Washington y que ahora está dando conferencias en éste país, es el autor afortunado de libros notables y que han tenido éxito. El primero de ellos, escrito en la juventud, fué «El Sacro Romano Imperio»; después, ya en la edad de la experiencia, vino el «American Commonwealth», uno de los mejores estudios que hay acerca de esta República; y, ahora, en el declinar de la vida, aparece uno sobre «Las democracias modernas», que está llamando la atención aquí y en Inglaterra.

Y, entre estos dos últimos, salió, hace pocos años, «South America», que tiene el título mal puesto, porque el autor no trata más que de cuatro naciones sudamericanas. A todas las del Sur y a las del Centro dedica algunas páginas en «Las democracias modernas»; y dice exponiendo los factores que han contribuído a los progresos realizados por varias de esas repúblicas, de medio siglo acá:

«El principal ha sido el desarrollo de los recursos materiales. El crecimiento de la riqueza, debido a la agricultura y la minería, ha aumentado el número de personas interesadas en que haya orden y buen gobierno y ha traído la mejora en los caminos, las ferrovías y la navegación interior. Ha seguido a esto, la educación, aunque despacio; se han fundado Universidades; ha brotado una literatura indígena. Las relaciones con el extranjero han sido mayores y con ellas han venido los empréstitos, que, si bien, acaso, indispensables, han sido fuentes de tentación; pero también han venido las ideas y los hábitos mentales de Europa y de los Estados Unidos, que han entrado en la población hispanoamericana».

Otro factor y de mucha importancia: «A medida que han ido desapareciendo las tradiciones de violencia y de desorden, se ha ido entendiendo las instituciones liberales y la manera de hacerlas funcionar. El poder ha pasado pacíficamente de un presidente a otro. El «General» ha sido reemplazado por el «Doctor en Leyes»; y el hombre de ley, aun cuando sea trapacero, es menos peligroso que el hombre de espada. El fraude es preferible a la fuerza; porque el fraude, aunque odioso, no perturba el orden público; y es más fácil impedir su recurrencia que eliminar el hábito de la insurrección. Así es como, en estos últimos cuarenta años, la Argentina y el Uruguay han llegado a ser, en lo político, civilizadas, y hasta más civilizadas que algunos Estados europeos».

Ya en «South America» había Lord Bryce dicho esto; a lo cual se ha de agregar que a la América ibérica no la han perjudicado las verdaderas revoluciones, porque ha tenido pocas y en ellas se ha peleado por ideas; lo que ha retrasado su progreso ha sido el caudillaje político-militar, meramente personalista, bandolerismo puro y neto, que asalta el Gobierno para explotarlo como asaltaría diligencias para robar a los viajeros.

Por desgracia, en el extranjero no se suele distinguir entre revoluciones, como la iniciada en México por Madero, y las aventuras industriales, con careta política, que ha habido en otras repúblicas. Los extranjeros no han visto más que el empleo de la fuerza, las matanzas, las destrucciones, los incendios; y han atribuído todo eso, en TODOS los casos, a lo que Roosevelt llamó en su famosa carta a Quesada «el hábito insurreccionario» y a peculiaridades e inferioridades de la gente de sangre española.

Hasta se ha llegado a decir que la gente portuguesa vale más, porque el Brasil no ha tenido disturbios. No los ha tenido, porque allí se hizo la independencia de arriba abajo, sin necesidad de combatir, por la familia real portuguesa; y como se conservó la monarquía no hubo generales libertadores que se disputasen el poder. Pero en Portugal, sí se desarrolló una guerra civil entre absolutistas y constitucionales, al propio tiempo que la de España; y la actual República Portuguesa, en los once años que lleva de existencia, ha tenido varias «convulsiones», más o menos considerables.

Si el rey Carlos III hubiera seguido el consejo del conde de Aranda, que era su Embajador en París cuando allí se firmó el tratado por el cual Francia y España reconocieron la independencia de los Estados Unidos; y hubiese

creado en América reinos tributarios para príncipes de la Casa de Borbón, en el imperio español del Nuevo Mundo se habría hecho la independencia de una manera tan pacífica y ordenada como se hizo en el Brasil; y nuestros pueblos no habrían conocido el caudillaje político-militar, ejercido, en su primer período, por hombres ambiciosos e inquietos, pero decentes, y algunos verdaderos héroes, y que ha degenerado en un feo negocio de macheteros.

Los Estados Unidos se han visto libres de esta vergüenza, gracias a la educación británica. Estos Estados, cuando eran colonias, no tenían representación en el Parlamento; pero sí, elecciones provinciales y municipales, libertad de imprenta y de cultos, derechos de asociación y de reunión, tribunales honrados; y llegaron, por lo tanto, a la independencia, con una preparación de que carecían los pueblos hispano-americanos. Sin embargo, con toda esa preparación, los americanos han llevado a la Presidencia a dos generales, Jackson y Grant, sólo por ser generales y haber ganado batallas y no por su capacidad política; y si aquí no se ha padecido de «convulsiones» bochornosas, ha habido una costosa guerra civil de seis años, que hubiera podido evitarse con algo de transigencia por ambas partes.

Como dice muy bien Lord Bryce, «el fraude es preferible a la fuerza; y el abogado menos peligroso que el machetero». Y por esto debemos celebrar que a estas horas sean en nuestra América mucho más los presidentes civiles y elegidos que los militares y usurpadores del poder.

Ecos del Centenario de la Independencia de México

En el Congreso Internacional de Estudiantes
Los discursos de la sesión inaugural

El Discurso del señor Licenciado Vasconcelos, Rector de la Universidad Nacional.

En nombre de la Universidad Nacional de México, doy la bienvenida más cordial a todos los jóvenes representantes de países extraños y de países hermanos nuestros; a todos por igual, porque en el seno de nuestra Universidad todos los hombres de todas las razas, merecen la misma atención y el mismo aprecio, tal como lo proclamó hace más de un siglo, la boca inspirada del primero de nuestros libertadores, el insigne Miguel Hidalgo, libertador de esclavos y precursor de naciones. No sólo ante nuestras leyes, también conforme a nuestras costumbres las diferencias de color, patria y lengua se funden en una viva fraternidad, que proclama semejantes y hermanos nuestros a todos los que vengan animados de espíritu de bondad y de justicia. Os hago esta declaración de que os encontráis en un país libre, porque habéis sido invitados para deliberar y tendréis razón de inquirir, primeramente, si vuestro pensamiento ha de poder expresarse sin cortapisas. Los estudiantes mexicanos seguramente se hubieran abstenido de invitaros si no supiesen que nuestro país en estos instantes es igual a ese símbolo que ya habéis visto en nuestra bandera, del águila que se levanta destrozando entre sus garras la serpiente. Os halláis libres y por lo mismo sentiréis vuestra propia responsabilidad y tendréis que obrar sinceramente durante toda vuestra actuación en este congreso. Yo estoy seguro de que procederéis con cordura; porque mi breve contacto con la juventud de estos tiempos me ha demostrado que sois capaces de abordar los problemas llegando a su fondo y buscando las soluciones que los resuelvan radicalmente sin pagaros gran cosa del lucimiento exterior del discurso o de las opiniones momentáneas que vuestros actos produzcan. Todos vosotros de cerca o de lejos, habéis visto los estragos de la guerra, todos sabéis como mueren los hombres por ideales turbios o altísimos, y eso ha dado a vuestra generación, una lucidez de criterio y una gravedad de resolución que os convierte en hombres aunque todavía seais extremadamente jóvenes.

No hay detrás de vosotros ninguna fuerza que respalde vuestros actos, pero en cambio el porvenir que es el tesoro de los jóvenes, abrumará bajo su peso a todo el que intente oponerse a las resoluciones generosas que tengáis a bien adoptar. Toda la obra de los que hoy ejercen poderío será completamente vana, si no es bastante generosa para contentar los ánimos juveniles, puesto que ninguna empresa perdura si las nuevas generaciones no la secundan y desarrollan. Adelantaos pues a vivir y a meditar vuestro tiempo, esta gloriosa era presente, venerable porque ha librado magníficas luchas por la conquista del bien y la justicia, y porque los hombres de hoy no nos cruzamos de brazos ante el desastre de los pueblos, sino que buscamos y seguimos buscando el camino de su redención. Creo que en nuestro tiempo, y hablo del mundo entero, no sólo de México, se han resuelto por lo menos teóricamente los hondos problemas sociales que han impedido hacer de este mundo una morada de paz y bienandanza; y creo que estas soluciones aunque todavía sujetas a rectificaciones de detalle, hacen de nuestra época una edad comparable solamente a la de los primeros siglos del cristianismo, cuando se resolvieron los problemas del alma y que dejaron sentadas las bases de una justicia social verdadera.

A vosotros os va a tocar seguir poniendo a prueba y corrigiendo los principios de organización colectiva que la edad nuestra ha descubierto, como las antiguas tablas de la ley, entre el fuego de la justicia vengadora y la luz serena de la verdad que triunfa. Si, desgraciadamente, os toca contemplar también hogueras, ellas serán las de la acción que realiza el bien, pero la lucha de las ideas no será ya tan intensa y quizás llegaréis a gozar de los triunfos que proceden del desprendimiento, el conocimiento y la generosidad. Vuestra época será tal vez mejor, pero cada alma es su propia misión en un momento activo, y no existe cuando rememora sino cuando crea; por eso no es cuerdo añorar tiempos pasados, ni permanecer inmóvil en espera del futuro porque el instante pasa, y el yo pasa con él, y quien no se identifica con su misión y su instante, no conoce lo que la existencia vale en hondura y no puede apreciar tampoco el significado del conjunto infinito. Yo

amo mi presente como vosotros amaréis, si sois activos, la hora vuestra y por eso aun cuando vuestra suerte vaya a ser mejor, no os envidio, como no podréis envidiarnos a nosotros, porque el vivir sincero no puede renegar de sí mismo. Mi generación no os envidia; confía en vosotros y confía porque presiente que así que llegue la ocasión viviréis más intensamente y combatiréis no por nuestra verdad, ni por vuestra verdad, sino por la verdad que es absoluta, que es inmutable y eterna.

Hay aquí jóvenes de todas las partes del mundo. Dirigiéndome primero a vosotros, nuestros huéspedes, debo deciros que según ya tendréis noticia, desde antes de venir a visitarnos, México es un país turbulento, donde la guerra se sucede a intervalos y la paz se consolida difícilmente; pero quizás no todos sabéis cuáles han sido los móviles de esas extrañas guerras, quizás no se os ha hecho notar que la guerra de hace cien años que en estos días se conmemora, tuvo por objeto, no solo constituir una nacionalidad más entre tantas que ya hay bajo el sol, sino hacer un país libre de esclavitud de todo género, manumitido políticamente y también económicamente, como lo proclamó el genio clarividente de José María Morelos.

Vuestra rápida información acaso no os ha dejado observar que el triunfo de la causa insurgente no lo aprovecharon los héroes, sino que muertos ellos en el más noble de los martirios, la Iglesia Católica y las clases adineradas, las mismas que habían sacrificado a los héroes, robáronles la bandera así que convino a sus intereses, y consumaron la Independencia sin acordarse para nada de la libertad y la justicia.

Acaso no sabéis que a raíz de la Independencia y a pesar de la guerra de la Independencia, el clero católico era el propietario de más de las tres cuartas partes de la tierra cultivable de todo nuestra patria y que esas riquezas le servían para multiplicar los conventos donde ni siquiera privaba la devoción sino la holganza; y para sofocar todo asomo de libertad reduciendo a esclavitud efectiva no sólo las conciencias, sino los cuerpos. Acaso no sabéis tampoco, que para destruir este negro poderío, hubo una guerra sangrienta hasta dejar vencido el lema funesto de religión y fueros, que quería decir el privilegio y el abuso del militar y el fraile. Las armas liberales logran separar la Iglesia del Estado, arrancando a la primera todos sus bienes para convertirlos en propiedad individual; y expulsando al invasor extranjero que era el aliado de la Iglesia. El héroe máximo de esta lucha se llamó Benito Juárez, el hombre cuya estatua habréis visto en todas las plazas de nuestras ciudades y aldeas. Pero quizás tampoco sabéis que después de unos cuantos años de paz fecunda durante la cual se construyeron vías férreas como la de Veracruz a México y obras importantes de todo género, un cabecilla afortunado, el general Porfirio Díaz, asaltó el poder para constituir una dictadura que destruyó todas las antiguas libertades, y consumió alianza de intereses materiales con la clase de los grandes terratenientes, enriquecidos con las antiguas propiedades del clero y con tierras quitadas a los indios por la fuerza o por la astucia. Creció de esta suerte el poder de una clase propietaria que por tradición nada más cultiva lo suficiente para pagar sus vicios, dejando al peón de campo en la miseria, y una gran extensión de las tierras sin cultivo. De esta suerte el sufrimiento y el oprobio llegaron a su máximo; las clases intelectuales, bajamente dispuestas, ensalzaban al Dictador y los miembros del clero católico lo bendecían; pero el pueblo, el bajo pueblo rural volvió a lanzar el grito de guerra y acaudillado por Francisco I. Madero, el apóstol magnífico, reanudó la vieja batalla, la batalla del bien contra el mal, de la libertad contra la opresión y la injusticia. Pensad en el más alto ideal político, teniendo que desarrollarse en un medio de desigualdades económicas tremendas, de divisiones profundas de clase y de clericalismo siempre en acecho y tendréis la clave de la historia de México: virtudes excelsas, frente a crímenes horrendos; noches sombrías y auroras de gloria y de redención. Tal es el terreno en que os encontráis, que yo considero propicio para las discusiones graves. Yo estoy seguro de que sabréis aprovechar vuestras sesiones. La época de superficialidad en que los congresos de este género servían sólo para conquistar aplausos tan vanos que no podían dejar huella ni en el alma del halagado, pasó para siempre. Las circunstancias actuales del mundo, exigen que los hombres de pensamiento trabajen con pureza de propósitos y acrisolada buena intención. Aunque sois jóvenes se os pedirán cuentas exactas del esfuerzo que vais a emplear en estas deliberaciones. En todas partes se observará con interés vuestra actitud, y todos los hombres rectos, y los oprimidos de todo el mundo esperarán con ansiedad el fruto de vuestros empeños. No sé qué vago presagio nos hace confiar en que respaldaréis la obra más avanzada de la generación que os precede, en que nos exigiréis que vayamos todavía más adelante, siempre adelante, en todos sentidos. Aunque vuestro programa quizás os ciñe a determinados puntos, en realidad no hay asunto de interés social que no podráis tratar y difícilmente encontraréis ocasión mejor que la presente para formular el mensaje de vuestros corazones. Algunos de vosotros venís de países adelantados; no vaciléis en dejar aquí la semilla fecunda. Otros venís de pueblos que aunque aparentemente rinden culto a la justicia, en realidad mantienen despotismos feroces — el mundo entero necesita reformas; — poned todo vuestro entusiasmo al servicio de esas reformas. No os sintáis como si os hallaséis en un festín: toda fiesta es triste, y seguirá siendo triste, mientras siga prevaleciendo en el mundo la injusticia. Esta tierra en que os halláis necesita del trabajo y la fe de todos sus hijos, pero también el resto del mundo necesita de la acción humana noblemente orientada. Yo espero que vuestros acuerdos serán tan generosos que las votaciones tendrán que ser unánimes; pero si surgiesen cuestiones opinables o graves diferencias de criterio, yo creo que vuestro deber es no tomar votaciones por nacionalidades, sino por razas. Con este objeto los hispanoamericanos harán bien si discuten y resuelven en discu-

---

¡OH LA LEJANIA!

¡Oh la lejanía
en que yo vivía!
El dulce convento
del recogimiento!
Mis buenos hermanos,
santos franciscanos,
de barbas fluviales
y toscos sayales!

Los sabios consejos
de los priores viejos,
que pedían al cielo,
a veces con llanto,
morir como el Santo
de Asís, en el suelo!

¡La suave dulzura
de la vida pura!
¡Conciencia serena
que de amor se llena!
¡Oh dule reposo,
de luz, afanoso!
¡Oh la lejanía
en que yo vivía,
mi vida apartada
y a Dios entregada!

¡Mi huerto, mis flores,
únicos amores,
con ser terrenales,
casi espirituales!

¡Oh sencilla ciencia
de la penitencia!
¡Oh santo convento
del recogimiento
en que fué mi vida
por Dios bendecida!

CARLOS LUIS SÁENZ

«La Caja». 1919.

(Envío del Autor)

---

sión privada todas sus diferencias a fin de presentar después sus acuerdos en bloque. Esto por sí sólo sería un noble ejemplo para los Gobiernos de la América Latina que hasta ahora no han procurado lograr igual uniformidad de acción.

Hay una infinidad de cosas que nosotros no podemos hacer y que vosotros veréis realizadas; por eso van hacia vosotros, jóvenes congresistas, nuestros mejores, nuestros más altos votos. Nuestro paso hacia adelante no es todo lo apresurado que nosotros deseáramos, pero al fin parece que marcha y no hay más recurso que seguir impulsándolo y esperar que vosotros también contribuiréis a su avance. Cuando volváis, jóvenes extranjeros, a vuestras patrias cercanas o distantes, decid a los vuestros que aquí se está abriendo paso, aunque lentamente, la justicia; si os lleváis esa convicción nos sentiremos alentados, habréis contribuido a una obra benéfica. Y vosotros los de habla española, que no sois aquí extranjeros sino dueños, tan dueños como nosotros mismos, de este territorio que el destino ha puesto en nuestras manos, quedaos o volved a vuestras respectivas naciones, pero hacedles saber en todo caso, lo que es este girón del alma hispánica, una tierra en que el ideal ha librado y sigue librando rudos combates con la injusticia.

Palabras de Héctor Ripa Alberdi, Presidente de la Delegación argentina.

HERALDO de la juventud argentina me adelanto hacia vos, oh pueblo hermano, como el austero león de Leonardo, lento y seguro el paso, amplia y serena la mirada y con un ramo de lirios dentro del pecho. Abrase pues mi pecho argentino y caiga a vuestros pies el florido presente de mi pleitesía.

La Argentina renaciente, la que despertara de un sueño, con motivo de las últimas revoluciones universitarias, la que se está forjando en la fragua de una juventud vigorosa de pensamiento, nos envía a esta tierra cordial para que os digamos toda su férvida inquietud de alma joven, todo su inmenso amor dilatado más allá de las fronteras, todas sus esperanzas en la emancipación gloriosa de los hombres y de los pueblos.

Venimos de los campos de combate, donde derribáramos los muros de la vieja Universidad detenida en el pensamiento del pasado siglo, y donde levantáramos la nueva Universidad, abierta a todas las corrientes espirituales; venimos de sostener una dolorosa lucha entre la juventud creadora y la vejez misoneísta, entre la voluntad heroica que avanza y la voluntad abolida que resiste; venimos, compañeros, de vencer a las fuerzas reaccionarias que nos impedían dar el paso definitivo de la liberación.

No os extrañéis, pues, si nuestra lengua vibra como una espada, si a cada instante nuestra palabra se enciende, porque crepita aún en nuestros corazones la roja brasa de la rebeldía. Libertada de toda servidumbre, dominadora de las fuerzas espirituales, la juventud argentina marcha hacia la Universidad ideal por las rutas que le abriera la filosofía contemporánea. Enrojecida en la llama de las grandes ideas, templada a los rudos golpes de la acción, su ideal ha de ser tan puro como su frente jamás doblada ni vencida y tan humano como su sangre tumultuosa y cálida. Tendrá los quilates del pensamiento, pero también la fuerza de la vida, porque sabemos, según lo aconseja la «Epístola Moral», que la más alta educación es aquella que iguala con la vida el pensamiento. De nada vale la austera frialdad de los claustros mientras no lleguen hasta ellos las palpitaciones del mundo, de nada vale la elegante gimnasia del pensamiento si no ha de tener una trascendencia humana. Dejemos para el arte la «Finalidad sin fin» de la estética kantiana, pero en tratándose de la educación del hombre no olvidemos que la nueva Universidad ha de despertar en él un alto amor a la sabiduría en el sentido platónico de la palabra. El amor a la sabiduría es la más preclara virtud del hombre, porque es el amor a la ciencia pura y a la belleza, fuente de la que surge el alma integral nutrida en los valores lógicos, éticos y estéticos. Nada debe ser indiferente a la educación de los pueblos, desde la ciencia que nutre hasta el arte que liberta; en la nueva Universidad, grande ha de ser la importancia que se le dé a a historia de los conocimientos humanos como base de toda cultura.

Las jóvenes generaciones argentinas así lo han sentido y así lo han proclamado. Para ello reclamaron el derecho a darse sus maestros, y se dieron sus maestros. Pero antes fué menester libertarse del peso de una generación positivista, una generación que al desdeñar los valores éticos y estéticos dejó caer en el corazón argentino, la gota amarga del escepticismo. Y no sólo se libertó de ella sino que se levantó contra ella, hundiéndola definitivamente en el pasado.

He aquí, pues, que una nueva vida comienza para mi país; la juventud se ha sentido libre y por eso mismo responsable. Un optimismo sano y fuerte es el acicate de su acción. El sol del idealismo alumbra nuestras rutas cuya generosa amplitud se pierde en la dilatada sombra del futuro. Hoy tenemos una ética para nuestra voluntad y una estética para nuestra fantasía. La falta de lo primero había hecho perder a los hombres del ochocientos el carácter y la nobleza: el carácter para imponer la propia voluntad; la nobleza, para llevar a la acción la integridad del pensamiento. O bien olvidaban la convicción porque la convicción era un obstáculo para la vida, o bien olvidaban la vida para poder sustentar una convicción. Cuando lo propio de un hombre total es infundir la convicción a la vida, darle a una calor de espíritu y a la otra fortaleza de realidad.

Para llegar a ese limpio modo de vida, que implica firmeza y elegancia a la vez, los griegos no olvidaron ninguna disciplina del cuerpo y de la inteligencia. Las fuentes de educación de un joven ateniense oscilaban desde el citarista hasta el gimnasiarca. Y entre la armonía musical y la agilidad del atleta no desdeñaban tampoco la austera conversación filosófica que dirigiera Platón en los deliciosos jardines de Academo. Allí, bajo la fresca sombra de los plátanos, se congregaban los jóvenes atenienses para escuchar la palabra honda y serena del maestro: allí se entregaban al ocio divino de pensar, que es la mayor ventura de los hombres. Los más bellos motivos y los más hondos misterios de la vida florecían en los labios platónicos, como una profusión de rosas en las mañanas primaverales. Y los jóvenes académicos recogían los conceptos y las metáforas llenos de fragancia idealista, como quien recoge flores silvestres en los campos. La claridad les inundaba el alma, y ante la lejana visión de sus rutas dilataban sus esperanzas hasta lo infinito...

Ved, pues, mis queridos amigos,

ORA PRO NOBIS

Por la inquietud latina
que es una larga espina
clavada en la retina
Ora pro nobis.

Por el dolor de ir
en un negro existir
sin ver ni definir
Ora pro nobis.

Por el trágico viento
que nos corta el aliento
con un golpe violento
Ora pro nobis.

Sobre todo, Señor,
por el pánico horror
del último extertor
Ora pro nobis.

ARTURO TORRES RIOSECO

University of Minnesota, 1921.

(Envío del Autor)

cómo era la vida en aquellos tiempos de poemas y de mármoles, cuando la mano del artista hacía triunfar la forma en los talleres de Atenas, y la filosofía brindábase en las divinas ánforas del diálogo, y la gracia escultural de los atletas derramaba una armonía heroica sobre los campos de Olimpia. Oh! la tierra imperecedera y sagrada, donde el espíritu de los hombres fuera profundo y luminoso como el cielo natal; donde al claro repicar de los cinceles florecían de entre los paramentos de los mármoles, armoniosos relieves e inmaculadas estatuas, en tanto discurrían bajo la sombra de los olivos, en el valle de Himeto, los efécticos y los dogmáticos. Así pasaban las horas doradas y florecientes ante la hermosura de la naturaleza y el encanto de la palabra.

Pero hoy la belleza y el conocimiento son flores de soledad. Las metrópolis enormes nos aplastan, y tan sólo se advierte el estruendo de los hombres que luchan contra los hombres.

La vida se nos escapa por mil senderos inútiles; derrochamos nuestra fuerza espiritual en múltiples labores sin objeto. Atraídos por la sonoridad del mundo, renunciamos a la soledad intensa y dolorosa, donde el fuego del pensamiento purifica toda acción. En la soledad asistimos a la propia tragedia interior; en ella se derrumban las ilusiones y se levantan los ideales nuevos; toda inquietud nace a su amparo y todo impulso se levanta de su seno, como las águilas de los abismos de la montaña. En la soledad descubrimos las sendas interiores donde una secreta voz murmura trascendentales palabras, y donde, como una armonía silenciosa, se dilata la música del pensamiento. Allí aprendemos la suprema virtud de dialogar con nosotros mismos: aprendizaje imprescindible para el que quiere tener derecho a hablar de los hombres, puesto que no puede exigir se le escuche quien no supo escucharse a sí mismo. He ahí la virtud y el blasón que ostentaban los maestros de la antigüedad. Aprendieron en sí mismos la ciencia que trasmitieron a los demás. Sus palabras salían humedecidas en aguas cordiales, y por ello se deslizaban con suavidad hasta el fondo de los corazones. Id, les decían, a las serenas cámaras del silencio y allí oiréis el rumor de una fuente; escuchad la voz de esa fuente con recogimiento que luego os brindará las eternas aguas de la eterna sabiduría... Y decían bien los maestros antiguos. Ellos todo lo sabían porque nunca estudiaron nada. No les preocupó más que la comprensión del propio espíritu, y cuando a ello llegaron, todo lo comprendieron. De ahí que a los discípulos se les hablara en voz baja, en el cálido tono de la conversación, como para que la onda emotiva, mansa por lo confidencial, se derramara en el espíritu atento con la lentitud rumorosa de la ola en la playa. Nunca levantaba la voz en la plaza pública, porque sabían muy bien que ese era oficio de mercaderes que pregonan su mercancía intelectual o material. La profunda, la inmortal sabiduría, ni se inculca ni se vende: se descubre. Es innata como la Idea platónica. Y en instantes de soledad, cuando dialogamos con nosotros mismos, o con un maestro de esos que saben su magisterio filosófico, la sentimos aletear dentro del alma como la mariposa que ve entreabrirse el velo de seda del capullo...

Ese sabor suave de la palabra antigua, que trasmitía el saber sin torturar el lenguaje ni el pensamiento, se pierde por completo en la oscura inmensidad de la Edad Media. A la educación clara y sencilla sustituye la enseñanza dogmática con agrio sabor escolástico, hasta que el renacimiento nos liberta nuevamente devolviéndonos algunas de las cualidades esenciales de la cultura helénica. En el siglo XV, Erasmo de Rotterdam expone ideas nuevas acerca de la educación natural del hombre, ideas que más tarde han de ser sistemáticas por Rousseau. La corriente siguen otros escritores franceses como Rabelais y Montaigne que condenan la educación profesionalista; y el más alto representante del humanismo español, Luis Vives, al levantarse contra la escolástica medioeval preconiza un ideal de cultura que emancipe al hombre del artificio retórico.

Los más diversos rumbos siguió luego la enseñanza, de acuerdo con las oscilaciones de la filosofía, hasta que en el siglo XIX le encadenó por completo el pedagogismo positivista, a pesar de tener dos grandes figuras como Herbart en Alemania y Tolstoi en Rusia; excesivamente rígido por lo cientificista, el sistema del primero; bellamente ideal por lo evangélico el del segundo.

Pero un nuevo renacimiento apunta ya. Hay dos fuerzas que comienzan a demoler el viejo edificio de la cultura y en las que yo he puesto toda mi esperanza: el renacer vigoroso de la filosofía idealista y la sana rebeldía de la juventud. Contribuyamos todos a este nuevo despertar del espíritu. Eduquemos al hombre en el amor a la sabiduría. Para ello es menester arrojar a los mercaderes de la enseñanza, derrumbar la universidad profesionalista y levantar sobre sus escombros la Academia ideal de los hombres donde cualquier Sócrates descalzo, sin más prestancia que la de su verbo sabio, pueda volcar en los corazones el agua mansa y melodiosa de su filosofía.

Discurso del Delegado de Centro América, don Roberto Barrios.

Señor Rector de la Universidad Nacional: Compañeros:

En nombre de las Delegaciones Estudiantiles de Centro América saludo a todos los estudiantes del Continente, y en particular a los de México, porque, con una hidalguía y una cordialidad que les honra, nos han abierto en esta ocasión la puerta de su casa siempre llena de sol, recibiéndonos como hermanos. ¡Gracias, pues, oh compañeros de México! Vuestro abrazo sincero, cálido, cordial, lo trasmitiremos a las juventudes que representamos, porque para nosoros, no sólo significa una demostración de afecto, sino que adquiere toda la palpitante grandiosidad de un símbolo. Al prolongar vuestro abrazo consideraremos revivir, en el plano del espíritu, aquel acto ritual de las olimpiadas, en que la antorcha destinada a fulgurar en el templo de un dios, era trasmitida de mano en mano, de generación en generación, sin apagarse nunca!

Las Delegaciones de Centro América esperan que este Congreso sea de resultados más prácticos que los anteriores, dado que el actual momento histórico por el que atraviesan algunas nacionalidades del Continente, se ha hecho más crítico, más terrible, más angustioso. Suponemos, por lo tanto, que todos los delegados universitarios harán algo más que discursos, pronunciarán algo más que bellas frases líricas, y que la solidaridad continental no la demostraremos únicamente sentándonos en común en la mesa de los banquetes o bien exponiendo en estilo suntuosos proyectos irrealizables. Porque la experiencia nos ha demostrado hasta la saciedad cuán idealistas han resultado los congreso estudiantiles en América. Nada menos, señores, recuerdo yo

CONSEJO A LA MODA

Deja ya de volar, repliega el ala,
alma inquieta y fogosa, porque ahora
no es propicio el cantar de que haces gala
entre gente tan seria y pensadora.

Deja ya de volar, repliega el ala
y empéñate en faena productora,
esa porfía de tu ilusión es mala
y no tiene más dón que ser sonora.

Deja ya la ilusión, porque a la larga
sólo tendrás una congoja amarga,
y si en eso prosigues, lograrás
que en lo más empinado del camino
te magullen las aspas de un molino
mientras ríe mi cuerpo... y nada más.

HERNÁN ZAMORA ELIZONDO

San José, C. R., setiembre, 1921.

(Envío del Autor)

que en el Congreso de Lima, al cual concurrí como representante de mi patria, entre las iniciativas trascendentales que se aprobaron, después de seria discusión, figura la de excitar a los estudiantes para que, como un homenaje a nuestra Madre Patria, usaran en lugar de abrigos, la romántica y donjuanesca capa española.

Ah, nosotros, los centroamericanos, juzgamos que el Congreso Estudiantil de México, no llegará a estos extremos. Y tenemos derecho para esperarlo así, porque la situación política de algunas naciones indolatinas, ha cambiado, desgraciadamente, en estos últimos diez años en que la estirpe de Judas se ha multiplicado. Antes de esa época la América contaba en su seno con países más o menos convulsionados por las revoluciones, y bajo su ambiente, escuchábase de vez en cuando el grito de las facciones vencidas. Ahora no existe tal cosa. Ya no se oyen los vastos rumores de la lucha intestina. Hoy se oyen en Nicaragua y Santo Domingo gritos de esclavos. Hoy, de dichas repúblicas, se propaga a toda la América el ruido del látigo que esgrime el conquistador, y la protesta viril de los patriotas encerrados en las ergástulas.

Por eso, compañeros, esperamos que el congreso no sólo tratará estos problemas, sino que procurará también que todas las juventudes del Continente ayuden a resolverlos. Porque toda manifestación idealista del Congreso estudiantil, sería criminal, mientras todavía escuchemos en la América el rumor de las cadenas. La solidaridad continental tiene que ser imposible de realizarse, en tanto que los pueblos que están destinados a formarla, no sean homogéneos políticamente hablando, porque jamás a través de la historia humana se ha logrado una fusión completa entre los hombres libres y los esclavos.

La unión que perseguimos entre todos los estudiantes latinoamericanos se dificulta también por otro obstáculo: la vergonzosa y sanguinaria tiranía de Venezuela. ¿Cómo podremos estrechar la mano de nuestros hermanos de Venezuela si la mayoría de ellos andan dispersos en la más azarosa de las emigraciones o están encerrados en las cárceles del tirano? ¿Cómo vamos a tenderles nuestros brazos si la mayoría de ellos, en la cuna misma de las libertades de América, en la patria del inmenso Blivar, se encuentran encadenados?

¡Compañeros de América! Es necesario comprender ya que la función social del estudiante es más alta, más amplia, más humana que la que suponemos. Por lo general el estudiante no es más que un factor burgués, un cómplice pasivo de que la sociedad todavía tenga una organización monstruosa. El nunca interviene en las grandes luchas sociales, que son las que, tarde o temprano, transforman y dignifican el mundo. Encerrado en su torre de marfil, casi nunca detiene su mirada en las grandes corriente humanas que pasan bajo sus pies, y que arrastran, interminablemente, una multitud de miserias anónimas, de dolores silenciosos y despojos de banderas... Debemos comprender, pues, que nuestra misión, no es simplemente ideológica, sino también política. Los acontecimientos de los pueblos nunca deben encontrarnos dormidos, sino de pie y aguardándolos con el pecho desnudo para sufrir su choque y las manos ágiles para dirigirlos.

Las Delegaciones de Centro América creen que el concepto de ellas sobre la misión del estudiante, es el vuestro, y que en consecuencia os interesaréis vivamente por la suerte de los pueblos que, debido a circunstancias fatales, han caído en la esclavitud o en la tiranía. Y si por acaso estrecháis más los vínculos espirituales entre las juventudes de los pueblos libres, y si por acaso lograrais reunir en un haz todas las enseñanzas del Continente, no olvidéis nunca una cosa: ¡tres banderas no pueden estar con las otras porque no ondean en el ambiente de la libertad, tres banderas, entre ellas las que cobijaron las cunas de los únicos genios que ha tenido la América: Rubén Darío y Simón Bolívar.

(*El Universal*. México, D. F.)

"La Edad de Oro" en el Instituto de Alajuela

A don J. García Monge.

Alajuela, 2, IX, 1921.

Estimado Sr. García:

Los alumnos de I^{er} Año A son unos chiquillos muy ingenuos y como han tardado tanto para contestarle, me han encargado que los disculpe y exponga a Ud. los motivos que han tenido para ello.

En primer lugar querían leer el libro antes de hacerlo, y duraron más de una semana. Luego, como ejercicio de composición hicieron la carta para Ud. y la que pareciera mejor a juicio de los mismos alumnos esa se enviaría; pero resulta que gustaron 4 y después de oir opiniones declararon que como muestra de simpatía a Ud. y como estímulo a los autores, no excluirían ninguna y ya ve Ud. que le llegan las 4.

Di completa libertad para que cada cual pusiera lo que se le antojara y en realidad son bien diferentes. Había otras que hablaban de Meñique y de Homero, pero fueron rechazadas.

Ahora estos mismos chiquillos quieren escribir al Dr. Aróstegui. ¿Qué le parece la idea? y dicen que qué lástima que Ud. no tenga en su «Convivio de los Niños» una competencia como la que abrió Martí en su «Edad de Oro» para enviar ellos algo.

Olvidé decirle una cosa y es que todas las cartas fueron escritas por cada alumno, pero estas cuatro fueron pasadas en limpio en las casas, y el jovencito Chacón que se encontraba

ya indispuesto en clase, llegó a tomar cama y un hermano mayor la copió en la hoja del block; de ahí que lleve distinta letra. Las demás sí son escritas por cada cual.

Lo saluda,

ADELA SALAZAR S.

Estimado señor:

EN nombre del I^er. año de Martí doy a Ud. las más expresivas gracias por la amabilidad que tuvo para regalarnos un hermoso libro de este gran maestro. Ojalá que Ud. recuerde siempre este grupo de alumnos humildes que sigue el ejemplo de aquel hombre que fué modelo de los niños cubanos.

De Ud. atto. y S. S.,

JOSÉ CABEZAS D.

Respetable señor:

HE sido inmerecidamente nombrada para dirigirme a usted con el respeto que me merece a fin de presentarle el testimonio de gratitud en nombre de mis condiscípulos del Primer Año A por su obsequio, del precioso libro «La Edad de Oro», del cual ya hemos leído algunas páginas.

Al cumplir con tan simpática tarea soy de usted con toda consideración y respeto atenta servidora,

ANITA ALTAMIRANO V.

Alajuela, 31 de agosto de 1921.

Apreciable señor:

CON el corazón lleno de gratitud, le doy las más expresivas gracias por el libro que usted ha tenido la fineza de obsequiar a mi clase. Usted dirá que es un pequeño regalo, pero para nosotros es grande, pues es fuente de sabiduría, porque nos sirve para llevar a nuestra mente todas las ideas y bellos versos de Martí, ese gran poeta cubano que toda su vida se preocupó por los niños; ese gran hombre de una inteligencia sublime, cuyo ideal siempre fué la libertad, intrépido y valeroso también, que arrebató de las garras del tirano a su querida Cuba.

Nosotros nos sentimos enorgullecidos de tener en nuestra aula el retrato de un genio como fué José Martí. Bendita la mano que escogió y puso en nuestra aula ese sagrado nombre.

Soy de Ud. muy atento s. servidor,

FERNANDO CHACÓN J.

Alajuela, agosto 31 de 1921.

Estimado señor:

EL Primer Año A, instalado en la aula del gran Martí, tiene el honor de escribirle esta carta sencilla y verdaderamente sentida en el alma de sus alumnos. No encontrará Ud. bellas frases ni términos escogidos, pero sí muestras de agradecimiento y aprecio reunidas aquí para cumplir con esa inmensa deuda de gratitud que con usted tenemos contraída, y que tanto hemos tardado en corresponder. Bien sabíamos que usted es un hombre de muchas ocupaciones y trabajos y con todo esto no opuso resistencia cuando pedimos a usted su colaboración para llevar a cabo la asamblea de nuestro querido Martí, que nos enorgullece. Bien aprovechadas fueron sus palabras, y en buena tierra cayeron; ya tenemos su Biografía y mil apuntes de su asamblea, todos llenos de pureza y amor. Parecía que las lecciones de «La Edad de Oro» fueran floreciendo en su mente y que el gran Martí, desde donde está, fuera colocando en sus labios palabras tan bien expresadas como él lo usaba hacer todo, para que usted nos explicara tan bellamente su vida y su obra. Recibimos su libro «La Edad de Oro» que con tanto trabajo usted ha logrado conseguir, y en el que viene retratada la pureza de los niños, la belleza y fragancia de las flores, y la música, la pintura y el amor para las cosas, todo retratando ese gran hombre, genio colosal, orgullo de América. Parece que fuera esto una fotografía tomada de sus pensamientos, de su carácter e impresa en este libro. Sus miradas parece que de ultratumba siempre se dirigen hacia acá y que aun no cesa de darnos consejos y enseñanzas.

Servidores de usted, alumnos del Primer Año A.

ARISTIDES FUENTES

Trabajo leído al instalarse la Sala de Estudios del Personal Docente de Heredia

Niños bien amados:

ESTAMOS aquí en congregación de fiesta, para recordar, y lo seguiremos haciendo, el aniversario de un año feliz en que la locura de un hombre amplió horizontes y varió una idea y fijó para siempre la corrección de un error.

Es la que llaman Fiesta de la Raza. Grávida España, con gravidez grandiosa, dió, en 1492, a la contemplación del mundo y a su propio devenir por mediación de un loco, una hija, América, que en el día de mañana da un abrazo de cariño renovado y creciente, a su madre. Es fecha de recuerdo amado. La transfusión de aquella sangre española en nuestras venas, sangre que es espíritu, espíritu que es lengua, religión, que son costumbres, virtudes y defectos, fué generosa y de valimiento; y sintiéndola nosotros vigorizada, damos al mundo el ejemplo de una hija fiel que honra a su madre, y que en hacerle este homenaje recordatorio, siente gran placer.

Dentro de pocas horas, hoy once de Octubre, hará justamente 429 años, que fué, en el corazón del Navegante, noche de angustia. Ya habéis leído cómo fué de congojosa y decisiva, para la temeraria empresa colombina, la noche del once de Octubre de 1492. De toda la infancia de Colón, y de sus pasos por las Cortes de Portugal y de España, de todos sus esperanzados preparativos, de los peligros que esquivó, nada a mi ver como esa noche memorable. Dios mismo habría perdido en la empresa aventurada si al clarear el doce las señales de la tierra próxima no la hubieran revelado. De aquella fe y confianza en lo Alto, que tuvo siempre el Capitán intrépido y que estuvo en esa noche de congoja a pronto naufragar, viene en América la fácil conquista y la extensa adoración al Único.

De las velas italianas que infló el corazón de España, bajó reumático el Almirante ¿Qué tierra recibió la caricia del Victorioso? Ya lo sabéis. Pero sabéis que también en uno de sus otros y

posteriores viajes puso plantas en tierras de nuestra patria y no conocéis que exista señal alguna. A vosotros toca comenzar el recuerdo reparador. Ya han pasado los necesarios años del examen del valor de aquella hazaña, y bien podéis empezar a construir la estatua

Pues nosotros podemos ser también nuestros propios descubridores, nuevos Colones en rutas ignoradas y de angustia, y dar, al servicio humano, nuestro propio continente: ese riquísimo continente interno superior a todo. Desde hace muchos siglos un griego ilustre nos llama a encontrarlo y desde hace también muchísimos años, el Buen Emperador romano nos cuenta de los goces y excelencias que en su contemplación tuviera él. Ese continente interior, que para muchos está ignorado, como estaba América en nuestro padre Colón, nos reclama. Adentraos en vuestro espíritu, y con la ayuda de las reinas Isabeles, descubridlo. Poblad luego ese continente hermoso y fecundo de bellos sentimientos y discretos pensares, y ponedlo al servicio de los demás. Ese será vuestro mejor homenaje a Dios, a la Patria, a la Humanidad, y a vosotros mismos. Yo os exhorto, Edad de Oro, a ser vuestros propios colonidas.

SAMUEL ARGUEDAS

Heredia, 11 de octubre de 1921.

Tributación o confiscación en México

POR E. J. DILLON

(Por arreglo con *The Nation*, New York).

Dos interesantes ilustraciones de los conflictos de México son dignas de notarse, porque muestran cuán indefenso está México ante su gran vecino del Norte y cuánto incumbe a este vecino usar su fuerza con moderación y de acuerdo con los consejos de la razón y la humanidad. Como Presidente de la República el General Obregón no tiene hoy sino un áncora de salvación—la conciencia de que su política está fundada en la justicia y la esperanza de que intereses no menos que principios impelan a la actual Administración de los Estados Unidos a concederle el tiempo necesario para desarrollarla.

Obstaculizado por una considerable deuda extranjera por cuyo arreglo acreedores y políticos claman a diario, el Gabinete de Obregón ha agotado su ingenio buscando los recursos para pagar los intereses. Y a menos que logre dar con una feliz invención, el país se hallará pronto en un tutelaje americano financiero y moral. Generalmente los gobiernos necesitados tienen la elección entre los impuestos o los empréstitos. Pero México es una excepción. No reconocido todavía por el solo país capaz de prestarle dinero, sus gobernantes están obligados a obtener una contribución para el servicio de la deuda extranjera gravando lo que pueda ser gravado. Y eso es el aceite. No hay otra manera. En consecuencia, el General Obregón recientemente ha aumentado el derecho sobre el petróleo producido en el país en un promedio, según cómputo, de 25 por ciento y decretado que lo que se recaude no sea arrastrado al abismo de los gastos inútiles, sino que sea aplicado exclusivamente al pago de la deuda extranjera. Esta medida es hiel y ajenjo para las compañías que tienen que pagar el impuesto aumentado. Sus representantes en Washington hicieron inmediatamente, según parece, preparativos para llamar la atención del Departamento de Estado al decreto que ellos consideran como «virtual confiscación» y de consiguiente un crimen en derecho internacional. Aun se dice que sus efectos en las negociaciones que hoy tienen lugar entre los dos Gobiernos será distintamente perjudicial.

El Presidente Obregón, con quien he cambiado ideas lo mismo en la cuestión general que en la concreta, la contempla desde el mismo punto de vista que el eminente financista ruso, el extinto Conde de Witte. Su opinión puede compendiarse así: El impuesto es una medida esencialmente democrática. El favorece el interés del obrero que tiene el derecho de pedir que una porción tan grande como sea prudentemente posible de los gastos públicos indispensables sea sostenida por impuestos sobre el capital. Esto es hoy eminentemente cierto del Estado mexicano que urgentemente necesita dinero para curar las heridas de diez años de anarquía y emprender reformas sin las cuales el Estado no puede subsistir. Y actualmente el dinero no puede conseguirse sino dentro de los límites de la República. Ninguno de los expedientes ordinarios es utilizable. Economía presupone un Tesoro regularmente lleno — una bendición que México no ha conocido desde los días de Limantour. Además, la economía, no importa cuán severamente practicada, no contribuiría con nada al servicio de la deuda exterior, desde que la opresión de la penuria se siente en todos los departamentos. Y en el momento en que se necesita más dinero que nunca, todas las esperanzas de un empréstito extranjero son coincidentemente imposibilitadas por lo que puede llamarse la triple alianza de los banqueros americanos, ingleses y franceses que han impuesto contra México un boycot político-financiero.

El solo medio de obviar siquiera parcialmente una situación como ésta, que es tan penosa como peligrosa, son los impuestos, y a este expediente deben abundantes recursos todos los países del mundo hoy. A la verdad, en algunos países progresistas las contribuciones han sido elevadas a un grado no muy distantes de la confiscación. En otros, como en Alemania y en Suecia, los gobiernos han compelido a las grandes industrias a admitirlos como socios con derecho a par-

ERRATA

Una se nos fué en el artículo del Dr. Ferraz. En la página 82, renglón 51, léase *estudiantes de la sopa moderna.*

ticipar en los proventos. Contra estas innovaciones, las corporaciones privadas y los individuos han murmurado, pero en ningún caso sus respectivos Gobiernos se han aventurado a protestar en su favor. Porque todos navegan en el mismo barco. La necesidad no conoce más ley que la de la justicia, y está reconocido como un principio que si todas las industrias de una clase son igualmente gravadas por una contribución, los requerimientos de la justicia están satisfechos. Y si se objeta que en el caso en consideración las industrias en cuestión están todas en poder de extranjeros de lengua inglesa que miran el gravamen como un acto de hostilidad, los mexicanos replicarán que la posesión de un privilegio no da derecho al poseedor para reclamar otro. Nacionales y extranjeros están por igual comprendidos en el nuevo impuesto.

Hay sin embargo otra manera de ver el asunto. Cada país tiene el derecho, y todo Gobierno está moralmente obligado en interés de sus ciudadanos, a adoptar medidas protectoras en forma de derechos de exportación sobre aquellos recursos naturales que no pueden ser repuestos una vez agotados. Y ningún Estado extranjero, por muy dolorosamente que sus nacionales sean afectados, puede con justicia oponerse a tal tributo. Desgraciadamente para ellos mismos, muchos países han dejado de ejercer ese derecho y sus respectivos gobiernos han descuidado cumplir el deber correspondiente, y las consecuencias que han resultado están patentes hoy en la decadencia de la industria y el comercio, la plaga de la cesantía crónica, la intranquilidad—en algunos países la sublevación—de la clase obrera, y el descontento general. Los veintiocho millones de trabajadores que en Inglaterra dependen hoy para su subsistencia de dádivas distribuídas por el Estado son corrientemente considerados como víctimas de las huelgas. Pero no habría mucho error en buscar el origen de su pauperismo en la imprevisión de sus gobernantes que no proveyeron para los malos años cuya venida debieron haber anticipado.

Los estadistas de hoy deploran en vano la miopía de sus predecesores que permitieron que los más preciosos recursos con que la naturaleza dotó a sus países fueran enviados al mercado y vendidos, por decirlo así, por un plato de lentejas al extranjero que construye flotas, ferrocarriles, y establece lucrativas industrias con los rendimientos del negocio. Si un país importador está ganando, digamos, mil por ciento sobre un producto, ¿es justo que el país que lo posee sea obligado a contentarse con 10 ó 20 por ciento? Nada hay que argüir en favor de tal solución.

Ejemplos hay muchos e instructivos. Por cerca de medio siglo, Gran Bretaña derrochó el carbón del cual depende el *status* universal, vendiéndolo a precios absurdamente bajos a pueblos extranjeros que así pudieron establecer nuevas industrias o renovar las viejas y competir con ella ventajosamente en los mercados del mundo. De 238,000 toneladas vendidas del Reino Unido en el año de 1816, la exportación total se elevó a 1.606,000 en el año de 1840, a 15.495,000 en 1878, a 76.382,000 en 1906, y a 80.366,000 en 1914. Si Inglaterra hubiera impuesto un derecho de importación de, digamos, $ 9 sobre el carbón, sus mineros habrían tenido jornales para una vida decente; así también los marinos que manejaban los barcos que lo llevaban a Singapore, Pireo y otros puertos extranjeros; los propietarios de minas habrían recogido grandes provechos y el país en general se habría beneficiado. En lugar de esto, los trabajadores durante aquel largo período estuvieron mal pagados, mal alojados, y crónicamente agriados contra las clases altas, mientras los países escandinavos, Grecia, Rusia y otros Estados pudieron construir flotas mercantes y establecer un floreciente comercio de carga a expensas de Inglaterra. Además, ella escogió el mejor producto de sus minas de carbón para el mercado interior y exterior, dejando el carbón inferior para ser extraído después a enorme costo. Asimismo Ingleterra salió de su excelente mineral de hierro, vendiéndolo a dos libras la tonelada, y ahora está pagando tres libras por la tonelada de hierro que está en la necesidad de importar de Suecia. En el año de 1819, la cantidad de hierro vendido y exportado a lugares extranjeros fué apenas de 73,000 toneladas. En 1853, el total había subido a 1.261,000 toneladas. En 1890 montó a 4.001,000; y en 1907 a 5.152,000. Y nunca se le ocurrió a ninguno de los varios gobiernos que desempeñaron las funciones de custodios de la nación, crear un derecho de exportación sobre una de las principales riquezas nacionales. Hoy el hierro tiene que ser comprado a Escandinavia y uno de los principales recursos de Inglaterra ha desaparecido irrevocablemente.

Los Estados Unidos han procedido y están procediendo de la misma imprevisora manera con algunas de sus riquezas naturales, como por ejemplo, los bosques. Cálculos hechos por la Asociación Americana de Papel y Pulpa, los cuales se consideran imperfectos, computan las forestas aun existentes en los Estados Unidos entre 500.000,000 y 550.000,000 de acres. Originalmente, sin embargo, el país poseía un area forestal no menor de 850.000,000 a 900.000,000 millones de acres. Y a la actual rata de consumo la madera madura en pie en los Estados Unidos se agotará dentro de cincuenta años. Sólo una rápida y drástica política de reforestación puede salvar a la nación de esta desastrosa consumación.

Fueron esas magníficas forestas y los comercios e industrias a que dieron vida, las que permitieron la construcción de ferrocarriles, vapores y florecientes comercios. La ciudad de Seattle, por ejemplo, es un vástago de las espléndidas forestas que se están desvaneciendo aprisa y de las minas que están cerca de extinguirse; y cuando éstas cesen de pagar el costo de explotación y nada quede sino los productos agrícolas, los efectos serán siniestros, perdurables y de largo alcance. La madera vendida al extranjero no producía más de una cuarta parte de su valor intrínseco, las tres cuartas partes restantes iban a enriquecer países ultramarinos.

Semejantes observaciones son aplicables a los bajos precios que rigen para el aceite, el hierro y el cobre. Otra vez los Estados Unidos vendieron su aceite crudo a $ 1 el barril, del cual el productor recibió cincuenta u ochenta centavos. El precio medio por cuatro años apenas excedía $ 1 el barril. Hoy ha subido a $ 3. Y según los geólogos más competentes, la mitad de la existencia de aceite en los Estados Unidos está ya agotada. Alemania compró grandes cantidades de aceite americano y por treinta años importó de varios países tal vez cincuenta millones de barriles anualmente. Sus corporaciones industriales lo refinaron con grandes beneficios, y de sus derivados manufacturaron varios otros ar-

REPERTORIO AMERICANO

Revista de prensa castellana y extranjera.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicada semanalmente por

J. GARCIA-MONGE

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto	¢ 0-50
La serie de 5 números, pagada por anticipado y solicitada a la Administración	2-00
Para el extranjero, el número suelto	$ 0-15 oro am.
El tomo (30 entregas)	4-00 » »
La página de avisos, por inserción	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

tículos. El precio medio era de $ 1 el barril y los alemanes vendían gasolina, vaselina, sacarina, parafina, perfumes y como doscientos productos por todo a un precio igual a $ 20 el barril.

De una manera igualmente extravagante, pero estrictamente constitucional, los Estados Unidos vendieron su cobre a la rata de $ 200 la tonelada, siendo Alemania comprador en grande escala. Tomaba más de cien mil toneladas de cobre al año—antes de la guerra el precio promedio de 1890 a 1911 no era más de diez centavos la libra. Durante la guerra subió a cuarenta y dos centavos. Para dar a Alemania el cobre a diez centavos la libra, los ferrocarriles tenían que transportarlo de Montana al mar por $ 8 la tonelada. Hoy el flete es doble.

Una análoga sino exacta ilustración es suministrada por el comercio de algodón. Los Estados Unidos, con un práctico monopolio de algodón, dispusieron de las cosechas durante muchas décadas a la rata de 5 a 8 centavos la libra, un precio sólo posible por la baratura del trabajo en el Sur. Este dinero no era suficiente para que los trabajadores vivieran, ni para que los propietarios recibieran una justa ganancia, ni para que las compañías ferrocarrileras fueran adecuadamente pagadas por el transporte al mercado. Lo que pudo y debió haberse hecho fué establecer un derecho de exportación sobre los productos, elevar el jornal del obrero agrícola y obligar al extranjero, que tenía una exorbitante y no ganada parte en el negocio, a contribuir al bienestar del país y del pueblo que lo creaba.

De esta fatua manera las razas de habla inglesa prosiguieron prodigando sus recursos naturales al extrajero y compeliendo o permitiendo a sus propios pueblos disipar su riqueza para enriquecer a extranjeros más allá de los mares. Hoy las mejores minas de cobre y de plata de los Estados Unidos y los mejores grados de carbón de Inglaterra están casi agotados, las industrias de este último país están, por decir lo menos, en declinación, y la situación obrera está generalmente desorganizada.

Ahora, ¿es irrazonable en sí mismo, o equivalente a un acto hostil hacia los extranjeros, que el Presidente de México, que tiene el interés de su país en su corazón, aprenda la lección de los errores de los ingleses y los yankees? El no lo cree así, ni cree tampoco que las grandes naciones de habla inglesa profesen tal opinión. El petróleo, las minas y los bosques de México constituyen su mayor caudal económico y también, infortunadamente, su más pesada maldición política. Y permitir que todas estas riquezas sean sacadas del país de la manera imprevisora que Inglaterra y los Estados Unidos permitieron que lo fueran las suyas, sería hoy un crimen y un desastre.

La ardiente polémica de hoy entre la prensa de México y la de los Estados Unidos sobre esta cuestión de tributación, es obscurecida por la inyección en ella de cuestiones políticas. La esencia de la cuestión parecería ser si el derecho aumentado es o no confiscatorio. Si la respuesta es en la negativa, no hay objeción válida en derecho internacional contra él. Y esta es la posición asumida por el Gobierno mexicano. Por supuesto, que si pudiera probarse concluyentemente no sólo que la producción disminuirá de una manera sensible como consecuencia, sino que la industria del petróleo en general será improductiva, no habría ni podría haber vacilación en el Gobierno de México, para moderar el aliento del esquilado carnero. Pues ningún Gobierno, y menos que todos uno que tiene tanta necesidad de dinero como el Gobierno mexicano, sería bastante fatuo para cometer suicidio económico cegando la fuente principal de su propia existencia. La confiscación que hubiera para las compañías petroleras extranjeras traería bancarrota y ruina al Estado mexicano. Tributación al extremo de confiscación lleva consigo su propio remedio. En este caso uno no tiene sino suscitar en la mente el cuadro de las compañías petroleras abandonando la explotación porque se había vuelto improductiva, y la obstinación del Gobierno mexicano en mantenerla perdiendo su principal fuente de ingresos, para comprender cuán fantástica es la idea.

Los mexicanos sostienen que el petróleo es hoy extraído y exportado a una rata alarmante para los custodios de la nación. Es una repetición de lo que Inglaterra hizo con su carbón y su hierro y los Estados Unidos con su madera. Inmensas fortunas han sido y son hechas y exportadas por extranjeros, dejando pocas trazas de ello en el país. Tan considerables son las cantidades de petróleo mexicano hoy exportado a los Estados Unidos que se han levantado aquí voces pidiendo un derecho de importación. Ahora, ¿por qué, se pregunta, han de deducir gobiernos extranjeros y corporaciones extranjeras enormes ganancias de un producto que deja relativamente inadecuados proventos al país en que se encuentra? Si puede soportar un aumento del derecho—y así es admitido por todos—¿por qué ha de ser el beneficiario el Gobierno que en nada contribuye a la explotación? Además, no puede aseverarse que haya alguna ley internacional que prohiba a un Gobierno la regulación, en interés de la comunidad, de la explotación de los productos naturales o siquiera mercancías manufacturadas. Cada Estado está en libertad de poner en vigor tales medidas para los fines que juzgue convenientes. Ejemplos del ejercicio de este derecho durante la guerra y después, son numerosos, y para la protección de una fuente de riqueza que no puede ser nunca repuesta el derecho es inatacable.

Desde el punto de vista fiscal, los argumentos que favorecen la posición mexicana son poderosos. Hay algo peculiarmente repugnante en la contentención de que una nación debe arruinarse por falta de fondos para sostener al Gobierno cuando el país está lleno de riquezas. Y México cree que puede discernir un lamentable rasgo en la política de un poderoso vecino que le urge a pagar sus deudas y al propio tiempo le cierra los caminos del crédito en el mundo entero y para coronar la obra le disputa el derecho de levantar parte del dinero tomando plena participación en los recursos que el

---

¡OH, DIOS MIO!

La sarna, la sarna de estos arrabales,
el lujo, el lujo de estas catedrales,
¡Oh, Dios mío!

Niños podridos en pañales,
regias capas episcopales,
¡Oh, Dios mío!

El hambre, el hambre como loba hambrienta,
y los pies desnudos de la cenicienta,
¡Oh, Dios mío!

Grandes rubíes y amatistas
en dedos de capitalistas,
¡Oh, Dios mío!

La maquinaria moliendo carne viva,
se filtran brazos y piernas por la criba,
¡Oh, Dios mío!

Y las carrosas perfumadas,
y las señoras enjoyadas,
¡Oh, Dios mío!

Obrero que se destroza los riñones
al construir dormitorios y salones
¡Oh, Dios mío!

Mañana habitarán en ellos
linces, ardillas o camellos.
¡Oh, Dios mío!

Yo he visto a una madre por los arrabales
vender a su hijita por cuarenta reales.
¡Oh, Dios mío!

Y a un millonario con un cura
haciendo la mejor postura,
¡Oh, Dios mío!

Que hacia París y hacia Belén
los peregrinos son iguales...
Perdónanos, Amén.

ARTURO TORRES-RIOSECO

University of Minnesota - 1921.

(Envío del Autor)

mismo posee en su propia casa. Un más rígido boycot, una garra más mortal, ellos dicen, sería difícil de imaginar.

La exposición del General Obregón de los motivos para el aumento de la contribución es magistral y convincente. «El impuesto, arguye, no es discriminatorio contra el extranjero en favor del nativo. La Constitución de México, contra la cual tanto se ha escrito, es la mejor protección de los extranjeros, pues prohibe tanto la exención como la discriminación. México, agrega, ha sido con razón llamado el tesoro del mundo. Incalculables riquezas yacen escondidas en sus montañas, llanuras y valles. Enormes fortunas han sido hechas por extranjeros extrayendo parte de aquella riqueza. Sin embargo, el 90 por ciento de la población nativa vegeta en la pobreza, la escualidez, las enfermedades y la ignorancia, porque esta corriente de riquezas fluye sin tocarla. «Los sentimientos de humanidad imponen un cambio y éste es el cambio que México ha hecho. Nosotros sostenemos el principio de que las riquezas naturales de una nación pertenecen a la nación».

Estas son las palabras de un hombre cuyo amor por la justicia es una pasión y para quien el servicio de la humanidad es un culto. Yo he viajado con él casi toda la República y puedo corroborar lo que él dice respecto a la lastimosa condición de la nación, cuya riqueza mineral es fabulosa. Tal situación es una mancha para la humanidad. Es intolerable, y ningún hombre capaz de sufrirla, por principio o por conveniencia, merece estar a la cabeza del desgraciado pueblo mexicano.

(*La Reforma Social*. Nueva York).



LA ULTIMA CARAMBOLA (1)

Por LEOPOLDO LUGONES

Don Fulgencio era un hombre metódico: bebía su agua en una clepsidra, y comía su comida con un cuchillo que era un doble decímetro graduado y un tenedor que era un minutero. Como el judío del cuento medieval, tenía su alma enroscada en la espira de un reloj. Era además hombre trabajador y económico. Los 86,400 segundos de su día estaban distribuídos con exactitud matemática, y producían cada veinticuatro horas sesenta gramos de oro correspondientes a 1440 minutos de trabajo. Lo cual, como puede verificarse por medio de un cálculo sencillo, arroja 43,200 minutos mensuales, cuyo producto es 820 gramos de oro, o 518,400 minutos anuales, equivales a 86,400 gramos del precioso metal. De estos 86 kilogramos de oro, gastaba exactamente don Fulgencio 1.040.807,080 en satisfacer una pasión: el billar. Aunque don Fulgencio no era físico, se sabía a pulso toda la teoría del juego, y muy ladino había de ser el experto que consiguiese hacerle pareja.

Una noche, no se sabe por qué extraño capricho de sus facultades mentales, don Fulgencio, al volver de una partida, se puso a pensar. El día había sido de grandes novedades. En una esquina, cierto mendigo audaz se atrevió a pedirle una limosna, y nuestro hombre, por una de esas debilidades a que no escapan las naturalezas mejor templadas, cometió la torpeza de alargarle cinco centavos. Esto produjo en su sér un desarreglo profundo, pues siendo la presión de su pie al caminar, de un tercio de kilográmetro precisamente, la extracción de aquella moneda ocasionó un brusco aligeramiento de un décimo de micrón, más fracciones, que el sensible organismo de don Fulgencio experimentó desde el calcañar a la coronilla.

Naturalmente, sus ideas se trastornaron y empezó un triscar de borreguillos cerebrales que alcanzó todos los límites del desequilibrio. Su cordón medular, agitado por bruscos tirones, le agitaba como una campana la mollera. Y no hay que extrañarlo, pues don Fulgencio era una balanza de precisión ante la cual se hubieran quedado chiquitos Cardau y Foucault, no obstante sus conocimientos basculares. Sería calumnia sospechar que la limosna afectaba moralmente al hombre metódico. No. Era cuestión de peso y nada más; aquel décimo de micrón, más fracciones, tenía toda la culpa.

En este singular estado de ánimo, fué como don Fulgencio se puso a pensar. Pensó primero en sus 86 kilogramos de oro, sin olvidar el pico de cuatrocientos gramos, y su corazón se llenó de ternura. Vió aquella cantidad multiplicada por un número inconmensurable de ceros, y la ternura se trocó en adoración. Dulces lágrimas humedecieron los ojos del pobre hombre y se sintió capaz de todas las generosidades y de todos los heroísmos. Estos movimientos del ánimo suelen caracterizar el primer amor. La enorme masa de metal que tenía ante los ojos, le deslumbraba; sintióse, comparado con ella, en la misma relación que un gorgojo con la media naranja de una catedral; y como la masa crecía, redondeándose en bola, acabó por ocupar medio firmamento, y entonces don Fulgencio advirtió que era el sol.

¡El Sol! ¡El era, entonces, propietario del Sol! ¡Qué bola para hacerla rodar en un tacazo temerario contra las barandas del firmamento! Y el jugador reapareció bruscamente en el ensueño. Pues el billar era la parte flaca de don Fulgencio, que, lógicamente, debía preferir el ajedrez y profesar culto al dominó. Todos estos organismos equilibrados tienen su fallo, pues la naturaleza reconquista por algún lado sus derechos. Aquellas «mesas» de don Fulgencio, que le salían a 0.28518 por día, eran cosa de maravilla; eran la mancha en el armiño de su regularidad; eran su fantasía, la única a que se hubiera entregado durante cuarenta años de existencia isócrona. De ahí que en el sueño, la riqueza y los astros se le presentaran en forma de bolas de billar gigantes-

(1) Cuando Lugones escribió este cuento tenía poco más de veinte años.—L. D., que nos lo envía desde Buenos Aires.

cas. Una sonrisa de infinita beatitud iluminó las facciones del hombre regular. Ahora necesitaba otra bola para hermanar, y el mingo, la bola roja, con el objeto de completar la fantástica carambola. Y don Fulgencio, que entre otras cosas sospechaba la redondez de la tierra, pensó en la tierra. Su brazo impulsaba con titánica energía los dos inmensos juguetes planetarios. ¿No era acaso él, don Fulgencio, el hombre rico que posee la tierra, y plagia a Josué cuando le parece? El Sol era su oro, y alrededor de esa esfera la tierra giraba fascinada, como una mosca en la tela de una araña. ¡Qué magnífico iba a resultar el choque! ¡Qué explosión formidable conmovería los ámbitos del espacio! ¡Qué reventazón de llamaradas envolvería a la creación en un relámpago de infierno!

Las dos bolas rodaban sobre el paño de los cielos con estrépido formidable. Devoraban millones de leguas en su curso, pero no llevaban trazas de juntarse. Faltaba la bola roja, el mingo, que produciría la carambola. Don Fulgencio sudaba a gruesas gotas, sofocado, anonadado por el espectáculo terrible. Bajo la rotación de los dos astros las estrellas reventaban como vidrios. Pero el sol y la tierra, la bola de riqueza y la bola de trabajo, no llevaban trazas de juntarse. Faltaba la bola roja, el mingo, que decidiría la carambola. ¿Dónde encontrarlo? ¿Dónde hallar un equivalente de esas esferas monstruosas? Don Fulgencio tendió los brazos, desesperado. Hubiera echado a rodar su cabeza por los cielos si la creyera apta para provocar la conjunción. Su oro, su querido metal, su vida, mejor dicho, jugaba contra la tierra y nada podía definir aquel lance!

¡La bola roja! ¡La bola roja! Hé aquí lo que hacía falta.

En aquel momento, don Fulgencio se sintió botar por los aires. Una explosión gigantesca conmovió las paredes. El mingo! el mingo! tuvo tiempo de exclamar aterrado.

Y efectivamente, el hombre metódico acababa de volar, reventado por una bomba de dinamita.

(Caras y Caretas, Buenos Aires).

Una carta de Juan Silvestre

Primera carta de Juan Silvestre a su amigo P. S. sobre un alma destinada al Seno de Abraham

POR CARMEN LIRA

Amigo mío: Me pides con insistencia que te escriba? Pues aquí me tienes, un si es no es gruñón y con unas peregrinas opiniones entre la mollera que tal vez encuentres descabelladas.

Como hace quince días que el reumatismo me tiene recluido en mi habitación de anacoreta, no te puedo hablar de la vida callejera. Pero mi reclusión no me impide dar una que otra dentellada en la vida ajena ¡el manjar predilecto de los hombres! cuando le encuentran sabor negro, que cuando se lo encuentran blanco lo dejan a un lado por insípido y aun escupen el jugo que les tocó el paladar.

Me limitaré a contarte de algunas tentaciones que han frecuentado mi celda, y las llamo tentaciones porque me hacen subir renegando, la pendiente del fastidio: y el renegar y el fastidio son actos pecaminosos según los filósofos optimistas.

Estas tentaciones han aparecido bajo la forma de unos vecinos oficiosos, quienes vinieron a enterarse del por qué mi nariz no asomaba a husmear fuera de mis dominios. Todos ellos gentes que han pasado ante mí, como un cefirillo ante un comerciante ensimismado en sus operaciones. En estos días de enfermo, me he sentido entre sus solicitudes y sonrisas, como se debe sentir la imagen de un santo entre los ramos de papel plateado con que lo adornara la ñoña doncellez de su dueña.

¡Cuán malhumorado se ha vuelto tu amigo! Quizá sean sus años salpimentados con estos dolorcitos del reuma: lo cierto es que estoy hecho un salvaje y que le huyo a la gente como el diablo a la cruz, sobre todo a esas gentes que no me producen ni frío ni calor.

Bien sabes que esto no es producto de soberbia y que no desprecio a nadie, ni a mí mismo, y que cada ser humano me sumerge en un éxtasis, cuando me vuelvo filósofo. Con todo, a la mayor parte de mi prójimo le diría de buena gana lo que Carlyle al suyo:

«Hermano, seguramente no eres odioso; eres digno de simpatía o por lo menos de piedad: pero para mí ¡ay! eres horriblemente fastidioso y poco instructivo; sigue tu camino con mi bendición».

Por suerte que mi pipa no me desampara, y a menudo me transporta lejos de las caritativas garras de mis vecinos, y mientras su conversación revolotea lo mismo que una gallina entre mi cuarto, el humo de mi pipa se lleva en volandas mi imaginación a otras regiones: a las del recuerdo, a las del recuerdo solamente, y ya no a las del ensueño, que ya tu añoso amigo no sueña. Ha tiempos que la Esperanza sacudió la mano en que tenía para él granillos de Ilusión.

Pero noto que me pongo ligeramente sentimental. Perdona este mi viejo mal que tan a menudo asoma por mis labios su sonrisa melancólica, cual un rayo de luna por la grieta de una pared ruinosa.

Hoy vino a hacerme compañía un tal Sr..., ¿pero a ti que te importa su

ALBA SIN SOL

La mañana está fría,
nublada y grís...
Los cipreses, callados
en el jardín,
negros en su tristeza,
me hacen sentir
aquel hondo silencio
que vendrá al fin...
¡La mañana está fría,
nublada y gris!...

Soledad y silencio,
día sin amor!
Alba de plomo, triste...
¡Alba sin sol!
De pronto en los cipreses
se oye trinar
un pájaro amarillo;
luego se va...
¿A dónde? ¿A otros jardines?
¡Señor, quién tuviera alas
para volar!
¡Soledad y silencio:
día sin amor...
¡Alma que pena triste
sin ilusión!

La murmurante lluvia,
del muerto mar
sin luz, que es hoy el cielo,
cayendo está...
¡Todo más gris y triste,
más soledad!
¡La desierta mañana
me hace llorar!...
¿Amor, en dónde estabas?
¡Oh muerto corazón
que un día fuiste la lira
de mi canción!...
La murmurante lluvia
cayendo está!
¡Y el corazón dolido
rompe a llorar!

CARLOS LUIS SÁENZ

San José, C. R.

(Envío del Autor)

nombre? De todos estos mis vecinos es el que más me ha interesado porque su transparencia ha sido ligeramente empañada con un fin económico, como las vidrieras de los talleres, para que los obreros no puedan curiosear lo de el exterior. Es un hombrecito que ya va de medio día abajo, pero muy conservado. Vieras que ejemplar humano más pulcro: su vestido, su paso, sus gestos, su voz, su risa, todo en él es inmaculado, liso, discreto. Cuando lo miro, me parece que ante mí hay una estrecha losa de mármol blanco, surcada por líneas paralelas, absolutamente rectas y de un blanco todavía más profundo. Inmediatamente está uno deslumbrado, los ojos se cierran y a poco se ronca sencillamente. Es en vano buscar en su persona el más insignificante manchoncito. Viene enseguida a la memoria aquella reflexión de Turguenef:

«Este es un hombre que tiene ropa blanca y virtudes morales de primera calidad».

De primera calidad, sí, cual si se tratara de lienzo o de manteca, porque de una flor, de una canción, de una estrella, no se dice nunca así.

Es de aquellos que caminan siempre en línea recta, que desconocen los deliciosos vagabundeos de la línea curva; que consideran la humanidad como un huerto abandonado, el cual de haber sido propiedad suya, sería el peristilo de su morada, pues cada tierno arbolillo habría crecido como una columna, gracias al correspondiente e inflexible rodrigón que su sabia mano habría colocado a su lado. ¡Ay! Buen Dios! ¡Cómo te has descuidado con los árboles de tus bosques y con los hombres de tus ciudades y cómo has derrochado curvas economizando rectas! Hoy, cuando tenía a esta criatura delante de mí, pensé que si examinaba el traje de su espíritu con un microscopio, tampoco hallaría sobre él ni el átomo de un gran pecado, y no pude menos de imaginarlo camino del Limbo, con una graciosa aureola de oropel sobre su cabeza calva y un par de alas artificiales sobre sus hombros.

Te digo del Limbo y no del Paraíso porque no creo que Nuestro Señor premie con las delicias celestiales a quien no luchó con terribles tarascas, sino con moscas y ratoncillos. Como tampoco ha caído en los abismos del pecado, no puede ir a los Infiernos. No queda pues para él, más que el Seno de Abraham, destinado a los que supieron conservarse en el prudente término del pecado venial.

Pero amigo, ya debes estar hasta el copete. Dejo para otro día las observaciones que haga sobre mi solícito vecino.

Te abraza,

JUAN.

A MI CORAZON

Sufre, sufre, corazón,
tú que sabes resistir,
tú que quieres convertir
en mieles tanto sufrir...
sufre, sufre, corazón.

Soporta todo el dolor
que a los otros mataría,
y haz con él una alcancía
de sana y fuerte alegría...
sufre, sufre, corazón.

Padece con decisión
por los demás y por ti;
aprende que siendo así
me das vigores a mí...
sufre, sufre, corazón.

Condensa en piadosa flor
los llantos de todo un mundo;
derrama el germen fecundo
del cariño más profundo...
sufre, sufre, corazón.

Nunca olvides la lección
del que sabe penetrar,
comprender y perdonar,
revivir y consolar...
sufre, sufre, corazón.

Aguanta el recio turbión
de todas las tempestades;
bebe hiel de las maldades
para hacer sumas bondades...
sufre, sufre, corazón.

Procura ser un crisol,
donde penas y amargores
se trasmuten en dulzores,
armonías y fulgores...
sufre, sufre, corazón.

Empápate en el amor
más ardiente y más sincero;
consúmete todo entero
en ser luz de misionero...
sufre, sufre, corazón.

De toda tribulación,
que te den seres y cosas,
procrea soles y rosas
y verdades muy hermosas...
sufre, sufre, corazón.

Y no esperes galardón,
ama por puro placer
padece por entender,
socorre por socorrer...
sufre, sufre, corazón.

J. M. BLÁZQUEZ DE PEDRO

Panamá.

(Envío del Autor)

Preferencias juveniles por las materias de estudio

Por L. L.

Las numerosas investigaciones realizadas sobre el interés de los niños por las materias de enseñanza se han limitado, hasta ahora, casi exclusivamente a las escuelas primarias.

De los Institutos de segunda enseñanza, en cambio, apenas se poseen datos. Ahora, al fin, han aparecido sobre aquéllos algunos que, aunque referidos a no muy numerosos alumnos, para obtener generalizaciones de ellos pueden, sin embargo, servir como temas sugeridores para estudios más extensos.

Se trata del libro publicado por el director del Gimnasio de Schleswig [1], en el cual aparece un trabajo sobre las preferencias de los muchachos, realizado con los alumnos y alumnas de los de los dos Institutos secundarios allí existentes. Ese trabajo lo ha reseñado últimamente William Stern en la «Zeitischrift füi pädagogische Psychologie und experimentelle Pädagogik» (enero-febrero 1921), y a él seguimos en la redaccción de estas líneas.

En la encuesta llevada a cabo, cada alumno tenía que indicar, anónimamente, por escrito, las dos materias que más prefería y las dos que más le disgustaban. En el Gimnasio (Instituto clásico) intervinieron 176 alumnos. Se reunieron los alumnos en tres grados (clases VI-IV, grado medio; U-II, grado superior; I, grado último), Los juicios enunciados sobre cada materia se calcularon porcentualmente; los tantos por 100 de preferencias se indican con el signo +; las repulsas con el signo —.

Veamos ahora las cifras positivas y negativas en las materias principales.

La materia que siempre fué la preferida en las escuelas primarias de niños, la «gimnasia», lo es también en el grado medio del Instituto secundario (+ 30%,—3%); pero desde ellos decae, hasta llegar a la completa indiferencia, en el grado superior.

En cambio, hay en el Instituto una materia que tiene la gran predilección en todos los grados, y es la «historia», que es preferida por una cuarta parte de todos los alumnos, y rechazada por casi ninguno.

Muy detrás de ésta queda el «idioma nacional», el cual, sin embargo, muestra, al menos en los dos grados superiores, una clara preferencia (12%).

Pero el resultado principal, que da seriamente qué pensar, se refiere a la médula de la enseñanza clásica, las lenguas muertas; el «latín» es preferido (+18%; — 9 +) en el grado medio; después desciende bastante, en el superior (+11%; — 14%), para llegar a ser rechazado en el último grado (+3%;—22%). El «griego» es también repelido en los grados superiores en que se enseña (+6%;—19%, y + 7; — 23 %). Así como no se tiene el derecho a generalizar este resultado ciertamente doloroso para todo partidario de la educación clásica, sí lo hay en cambio, para un examen urgente de este problema. Es posible que en las ciudades pequeñas el Instituto clásico se presente, en este aspecto, más desfavorablemente que en otras partes; puesto que allí es el único centro para la obtención del grado de bachiller, y por ello ha de ser frecuentado, sin posibilidades de elección, por todos los alumnos que aspiran a la enseñanza superior, tengan o no inclinación y capacidad para los idiomas clásicos. En todo caso, sería importante determinar qué difusión tiene hoy esta repulsa de los alumnos del fundamento en que se basa la enseñanza de los Gimnasios. Es bastante sorprendente, sin embargo, que la repulsa del latín no sea mayor allí donde se estudia principalmente la gramática, sino en los grados superiores, en los cuales predominan las lecturas.

De las restantes materias, el «francés» es intensamente rechazado en los grados superiores (+ 3%; — 25%); y no sólo el dibujo y la geografía, sino también la Religión caen dentro de las materias «indiferentes», que no son ni muy preferidas ni muy rechazadas.

Las «matemáticas» muestran también la bipolaridad que ya era conocida respecto a la aritmética y geometría en la escuela primaria, y representan una de las normas más seguras en la estadística de las materias de estudio; esta materia tendrá siempre entre los alumnos un número considerable de amigos declarados y lo mismo de adversarios, puesto que en mayor grado que ninguna otra depende de las condiciones naturales de los que la estudian. En el Gimnasio de Schleswig predominó considerablemente el disgusto, y ello en relación con las edades mayores: grado medio + 7%, — 9%; grado superior + 6%, —18%; último grado + 17%, — 24%. ¿Es pedagógicamente acertado recargar, aún en los últimos años, a los alumnos indudablemente incapaces para los problemas matemáticos superiores con la coacción de la enseñanza matemática? ¿No debería darse aquí mayor espacio a la libertad de elección?

Para comparar vayan algunos números sobre el Liceo femenino del Schleswig, en el cual se reunieron las 251 alumnas en dos grados. En el grado medio aparece de nuevo a la cabeza la gimnasia con el 25%, la cual se presenta muy alta en el superior (+ 18%; — 3%); junto a ella aparece en aquél el francés (+22%), y en éste las matemáticas (+19%; —6%). Esta sorprendente preferencia de las alumnas mayores por las matemáticas la explica el autor por el acertado método de enseñanza empleado en ellas. La historia, que era la materia preferida de los muchachos, no aparece tan alta entre las muchachas; en el grado medio resulta indiferente, y en el superior acusa un 12% de preferencias. En cambio, el alemán se halla más alto, sobre todo en el grado superior (clases de literatura) con + 17%; — 3%. La materia menos preferida es el dibujo, que en ese mismo grado acusa 27% de repulsas. El autor atribuye esto al método moderno de enseñanza del dibujo. Tampoco es preferida en ambos grados la geografía. La religión es, como entre los muchachos, indiferente.

El influjo de las personalidades docentes no desempeña aquí, según el autor, ningún papel decisivo, puesto que frecuentemente han sido valoradas de modo muy diferente materias que eran enseñadas por el mismo maestro. Una apreciación más justa de este factor personal sólo será posible, sin embargo, cuando se posean resultados de un mayor número de escuelas secundarias del mismo género y se obtengan de ellos certera y regularmente valores repetidos de preferencia y disgusto.

(El Sol, Madrid).

(1) H. Walsemann. «Das Interesse». Wesen, tatsachlicher Stand und Bedentung der innere Anteinahme im Unterricht.—Habelschuvendt, 1920.

NOTICIARIO

Don Luis Felipe González, profesor de la Escuela Normal de Costa Rica, Heredia, acaba de publicar esta obra importante: *Historia de la influencia extranjera en el desenvolvimiento educacional y científico de Costa Rica*. De la influencia alemana, belga, cubana, española, norteamericana, francesa, italiana, suiza; de todas se habla extensamente en tal libro, que conviene conocer.

*

Hermes se titula una excelente revista del país vasco. Es un mensuario ilustrado de literatura, estudios económicos, bellas artes, finanzas, actualidades, crítica de libros. Ya va por el año V de su existencia. Se edita en Bilbao y lo recomendamos a nuestros amigos.



3) La vida de las plantas

POR JUAN J. CARAZO

SU INTELIGENCIA

ESTAMOS habituados a pensar que todo es en las plantas un «acto mecánico» y no podemos imaginar que ellas, en ciertos casos, tienen que decidir entre dos o más caminos, cuál conviene a su deseo o necesidad.

Es indudable que muchas veces se presenta para la planta, como para el animal, la duda y que procede de acuerdo con una reflexión.

Las manifestaciones inteligentes son muchas, pero persistimos en no verlas.

El sueño es un fenómeno muy curioso que podemos observar y del cual hablaremos adelante por considerarlo digno de estudio.

Ob. I.—La «dormilona» posee la propiedad de cerrar las hojas y doblar los tallos cuando se siente atacada, pero dos cosas demuestran que la planta *sabe* lo que está haciendo:

a) Cuando los insectos se pasean sobre las hojas, aunque sean pesados, la planta no manifiesta ningún sobresalto y las hojas no se retraen.

b) Cuando se ataca una rama, sólo ella cierra las hojas y dobla los tallos.

En muchos insectos se puede observar el hábito de «hacerse los muertos» para engañar al enemigo y en el caso de la dormilona esto es lo que sucede.

Podemos agregar que aunque llueva muy fuerte y las gotas de agua azoten a la dormilona, ella no se asusta.

Es bien difícil explicarse esto si se parte del principio de que es un acto mecánicamente ejecutado.

Ahora, si uno permanece un rato cerca de la planta puede observar que va poco a poco, con cierto temor manifiesto, abriendo las hojuelas y levantando los tallos.

Ob. II.—Si cuidadosamente nos fijamos en las «trepadoras» podemos constatar que algo les impulsa a buscar el punto que necesitan para sostenerse.

Sembramos frente a una cerca, pero como a 20 centímetros de distancia, algunas enredaderas y fué notable que *una gran mayoría* desde el primer momento se «fijó» en los alambres.

No es algo mecánico «porque muchas se equivocaron» pero al cabo de unos días siguieron el ejemplo de las compañeras.

Las puntas de chayote cuando llegan al final del alambrado o «barbacoa» emplean mucho tiempo *orientándose* hasta dar con lo que desean.

Se asemejan a los gusanos llamados «medidores» que cuando van caminando y se termina la rama o la hoja se detienen a «explorar» en todo sentido.

Ob. III.—Decimos que las plantas buscan la luz y esto es cierto, pero la buscan conscientemente.

A la orilla de unas planchas de zinc, que servían de cercado y que dejaban espacios entre ellas, crecieron muchas malas yerbas.

Crecieron «para arriba», pero algunas ramas, como era mucho lo que debían crecer para llegar al borde superior de las planchas, «*resolvieron*», «después de haber pasado los espacios claros», devolverse para salir por las rendijas.

Era curioso ver que esas ramas tenían la forma de una S (ഗ) acostada.

Nos preguntamos, observando este fenómeno, ¿qué fuerza las hizo considerar más fácil la salida por allí, si ya habían pasado?

Es indudable que hubo un verdadero acto de reflexión.

Ob. IV.—Una vez, hace cuatro años, cuando veníamos iniciando experiencias referentes a la alimentación «aérea» de los vegetales, pusimos sobre una pila de calicanto *cementado* un chayote.

El agua quedaba como a unos 15 centímetros y las raíces desde el primer momento la buscaron, pero como a nosotros no nos convenía que penetraran en el agua porque esto falseaba lo que nos proponíamos observar, retirábamos las raíces periódicamente y siempre volvían a buscar el depósito.

Es natural que algo influía en la insistencia manifestada y no nos resolvemos a creer que «mecánicamente» se produjera el fenómeno.

Ob. V.—El cacao maní nos da un caso curioso y quién sabe si único en la naturaleza.

El *instinto* de la planta ya que no otra cosa, la lleva a *enterrar* los ovarios para convertirlos en fruta o semilla.

La razón que pueda tener la planta no la conocemos aún, pero sin duda existe y trataremos de conocerla.

Lo que hay de curioso, sobre todo, es que la planta sabe «cuando está fecundada la flor» y cuando debe buscarse la tierra.

Florecer en el aire y fructificar bajo tierra es un procedimiento curioso y que revela cierta capacidad en la planta.

Ob. VI.—Ciertas plantas como la cabuya y sus semejantes son perseguidas por los ganados cuando están tiernas, pero ellas se valen de dos medios para defenderse:

Las puntas duras de las hojas que impiden al animal acercarse y, la protección que le presta a sus hijos la planta vieja.

Los hijos crecen al rededor de la madre y como «bajo el ala» y allí están libres de todo ataque.

El ganado no puede comerlos y la planta, a la cual no se concede ningún poder de instinto o de inteligencia «se burla» del animal.

Todavía es más curioso observar que cuando esas plantas se someten a un cultivo cuidadoso, sin posibilidad de ataque, (lo que se llama selección), etc., van haciendo desaparecer la espina final.

Es claro e indudable que la planta llega a comprender dos cosas:

Para qué sirve la espina y se da cuenta de que «ya no la necesita».

Ob. VII.—Otro caso de una yerba que finge que está muerta para que el agricultor se descuide, es el de la grama.

Tuvimos oportunidad de ver grama que parecía muerta completamente, podrida y sin la menor señal de posible crecimiento y una vez que fué dejada en el campo, «revivió» de la noche a la mañana.

Es casi seguro que al engañar al agricultor la planta lo «hace» para defenderse y esto quiere decir que «sabe» defenderse.

No es posible que todas estas cosas estén ya arregladas previamente por la naturaleza y la planta debe, en estos casos, inventar el medio de conseguir su deseo porque los «medios son muchos y muy variados y cada uno es una consecuencia de la dificultad que se presenta», que tal vez nunca antes se presentó ni se presentará en el futuro.

Ob. VIII.—Todos aceptan y repiten que el «girasol» o «mirasol» busca el sol poniendo siempre frente a él, la flor.

Esto es cierto hasta determinado punto, pues en la primera edad sí sigue la marcha del sol, pero después, cuando la flor ha crecido, no lo hace.

Observando el girasol no se puede menos que aceptar que hay en él inteligencia y nos sugiere dos preguntas:

¿Por qué busca el sol?

¿Será el calor o la luz los que le guían?

Parece que fuera la luz o que fuera

el calor y que la planta «atraída» como un pedacillo de acero por el imán no tuviera conciencia de aquello.

Es indudable que la sensibilidad de la planta es mucha y sobre esto hablaremos adelante.

Pero hay algo un poco más difícil de contestar y es esto:

Si el girasol ha seguido la marcha de la luz o del calor durante el día, ¿qué hace al anochecer?

¿Se queda como está o se vuelve a su posición del día anterior, de cara al oriente?

¿Por qué se vuelve «en la noche» que no hay luz o calor que actúen sobre ella?

¿Sabe el girasol por donde nace el sol?

Ob. IX.—Ahora, en pleno bosque, a orillas de un río donde la vegetación es exuberante, observemos eso que llaman «afán de vida» o «lucha por la existencia» y maravillémonos de las mil manifestaciones clarísimas de la inteligencia del vegetal.

Cada uno quiere obtener lo que desea y hace mil esfuerzos para conseguirlo.

Se acepta que los vegetales no pueden caminar y viendo crecer ciertos «bejucos» se tiene la idea de que son andariegos y que van buscando algo que nosotros no conocemos y que no es ni la luz ni el calor.

Caminan con una rapidez admirable y aprovechan la quietud de los árboles para subir a ellos y bajar de nuevo.

Todo lo exploran y de lo que menos tienen es de tontos.

Observaciones sobre la inteligencia de las plantas van surgiendo cuando se adquiere el poder de verlas y cuando se vive con ellas, pues la naturaleza dice con claridad ser sabiduría si se le sabe interrogar.

Es difícil llegar a poner en simpatía las vibraciones de la vida animal o vegetal con las de nuestro espíritu, pero es posible hacerlo, y cuando eso se consigue pareciera como que un gran libro se abre, como que hubiera venido de muy largo un amigo verdadero.

Ob. X.—Cuando llueve o hace viento todas las plantas se balancean y hay en esos movimientos, raros pero conscientes, una prueba más de la inteligencia vegetal que no se opone a las brusquedades del ambiente serio que las evita y se defiende de ellas.

Al hablar de la sensibilidad de las plantas, de sus afectos, del sueño y de la alegría, veremos cuánta belleza está oculta aún y como viven las gentes rodeadas de incomparables placeres y no los pueden comprender.

Es indudable que alguna vez poseerá el hombre facultades superiores que le permitan vivir entre los vegetales como entre amigos.

Imprenta y Librería Alsina.—San José, Costa Rica.